

CAPITULO II.

Rompimiento del tratado de Londres.—El general Prim comunica á los jefes y oficiales de su ejército su propósito de apartarse de Méjico, en vista de la resolución tomada por los representantes franceses.—Notas dirigidas por los ministros de las naciones coaligadas al Gobierno de Juarez.—Contestacion de éste.—Otras comunicaciones.—Manifiesto del general Almonte.—Los plenipotenciarios inglés y español hacen embarcar sus tropas y se alejan del territorio mejicano.

I.

El resultado desfavorable á la paz que dieron las conferencias de que nos hemos ocupado en el capítulo anterior, disgustó profundamente á los representantes de Inglaterra y España. El conde de Reus, en vista de la decision de los plenipotenciarios franceses, de llegar a un rompimiento de hostilidades con el Gobierno de Juarez, convocó á los jefes de su division, con el fin de comunicarles su firme propósito de retirarse del territorio de la República mejicana, en atencion á la actitud injusta é inconveniente de los ministros franceses.

Y en efecto, reunidos todos los jefes y oficiales de la expedicion española, el general Prim les recordó lo estipulado en el tratado de Londres, y los nobles pensamientos de la coalicion; dióles asimismo cuenta de las gestiones y de los esfuerzos que se habian hecho para poner en práctica aquellas medidas prudentes y conciliadoras, desde que llegaron las fuerzas europeas á las aguas de Veracruz; mencionó los temores del país y la actitud recelosa con que recibió al principio á los aliados, é hizo notar el cambio operado en los mejicanos, luego que se convencieron de los propósitos de paz que á aquellos animaba; refirió los esfuerzos que se hicieron en este sentido hasta la celebracion del convenio de la Soledad, y habló de las consecuencias de éste, de su cumplimiento hasta el dia y de las esperanzas que abrigan todos, de que vencidas ya las mayores dificultades, tendrian al fin las cuestiones mejicanas una solucion pacífica y satisfactoria.

• La llegada, —continuaba el marqués de los Castillejos, —de algunos emigrados mejicanos acojidos y amparados por las fuerzas de la Francia, con la intencion de derrocar al Gobierno existente, de cambiar la forma po-

lítica del país y crear en él una monarquía con el archiduque Maximiliano de Austria, es otro de los actos de la política francesa que España no debe consentir nunca sin faltar á su dignidad y á lo pactado en el convenio de Lóndres. Nosotros, por lo tanto, no podemos adherirnos á esa política, porque España no es una nacion que se deja remolcar á voluntad de nadie: no debemos oponernos con la fuerza á esos proyectos: no debemos autorizar con nuestra presencia el quebrantamiento de todo lo que se ha convenido; no podemos tampoco ser pasivos espectadores de una lucha entre los franceses y los mejicanos: debemos, pues, retirarnos de este país, dejando que el mundo juzgue de nuestra conducta y de la que nos obliga á tomar esta resolucion. »

De esta manera patriótica y prudente manifestaba el conde de Reus á los jefes de su expedicion el resultado que habian tenido las conferencias de Orizaba, y su propósito de abandonar las playas mejicanas rompiendo el tratado celebrado en Lóndres, si los franceses llevaban á cabo sus belicosos planes.

II.

A mediados del mes de Abril, los plenipotenciarios de las tres naciones coaligadas comunicaron al ministro de Relaciones exteriores de la República mejicana, el resultado nada satisfactorio de las gestiones de paz que habian tenido lugar en Orizaba. «No habiendo sido posible,—decian,—ponerse de acuerdo acerca de la interpretacion que debe darse en las circunstancias actuales á la convencion de 31 de Octubre de 1861, los plenipotenciarios han resuelto adoptar en adelante una accion completamente separada é independiente. Por lo tanto, el comandante de las fuerzas españolas vá á tomar inmediatamente las medidas necesarias para reembarcar sus tropas. El ejército francés se concentrará en Paso-Ancho tan luego como las tropas españolas hayan pasado de esta posicion, es decir, probablemente hácia el 20 de Abril, comenzando en el acto sus operaciones.»

La contestacion que el ministro Doblado dió á la nota de que acabamos de dar cuenta, fué, como era de esperar, altamente lisonje-

ra para los representantes de España y de Inglaterra, y digna y enérgica para con el de Francia.

Quejábase el ministro mejicano de que no se cumpliesen las estipulaciones tan solemnemente pactadas en los preliminares de la Soledad, manifestando que su violacion afectaba directamente al crédito de las altas partes contratantes, toda vez que el Gobierno de la República se lisonjeaba con la segura esperanza de que las negociaciones que iban á abrirse en Orizaba, conciliarian todos los intereses y producirian el bien inestimable de la paz, principal objeto de los trabajos del Gabinete constitucional.

«Pero á pesar de esto,—decia el ministro citado,—como Méjico sabe apreciar en todo su valor la conducta noble, leal y circunspecta de los señores comisarios de Inglaterra y España, y como su deseo es apurar todos los medios conciliatorios y arreglar definitivamente sus relaciones exteriores con las potencias amigas, está dispuesto á entrar en tratos con los señores representantes de la Gran Bretaña y de la España; pues ahora como antes, tiene la mejor voluntad para satisfacer cumplidamente todas las reclamaciones justas de aquellas naciones, darles garantías eficaces para lo futuro, y reanudar las relaciones de amistad y de comercio que con ellas ha llevado, sobre bases firmes, francas y duraderas.»

«Y en cuanto á la injustificable conducta de los señores comisarios del emperador de los franceses,—terminaba el ministro Doblado,—el Gobierno mejicano se limita á repetir en esta vez, lo que ya en otra ocasion ha protestado. Méjico hará justicia á todos y satisfará á todas las peticiones justas y fundadas en el derecho de gentes, pero defenderá hasta el último extremo su independencia y soberanía; y sin aceptar jamás el papel de agresor, que nunca ha tenido, repelerá la fuerza con la fuerza, y defenderá hasta derramar la última gota de sangre mejicana las dos grandes conquistas que el país ha hecho en el presente siglo: la independencia y la reforma.»

El presidente de la República daba entretanto el 12 de Abril un manifiesto á los mejicanos, en el que recordando á éstos la conducta indigna de los plenipotenciarios

franceses, concluía de la manera siguiente:

«El supremo magistrado de la nacion, libremente elegido por vuestros sufragios, os invita á secundar sus esfuerzos en defensa de la independencia; cuenta para ello con todos vuestros recursos, con toda vuestra sangre, y está seguro de que, siguiendo los consejos del patriotismo, podremos consoldar la obra de nuestros padres.

«Espero que preferireis todo género de infortunios y desastres, al vilipendio y al oprobio de perder la independencia, ó de consentir que extraños vengan á arrebatáros vuestras instituciones y á intervenir en vuestro régimen interior.

«Tengamos fé en la justicia de nuestra causa; tengamos fé en nuestros propios esfuerzos, y unidos salvemos la independencia de Méjico, haciendo triunfar, no sólo á nuestra patria, sino los principios de respeto y de inviolabilidad de la soberania de las naciones.»

III.

Este manifiesto del presidente Juárez fué acogido con frenético entusiasmo por los mejicanos, ofreciendo todos sus haciendas y sus vidas para secundar los patrióticos deseos de su digno presidente.

La contestacion de los representantes franceses á la nota que les dirijió el ministro de Relaciones esteriore de la República, sobre la proteccion que aquellos plenipotenciarios dispensaban al general Almonte, exacerbó más y más el espíritu guerrero de los mejicanos.

Habia, en efecto, dirijido el ministro arriba citado una nota á Mr. de Saligny, en la cual le manifestaba, que sabedor el Gobierno mejicano de que el general D. Juan Nepomuceno Almonte, engañando con sus falsos informes á S. M. el emperador de los franceses, trabajaba asiduamente por atraer sobre su patria una invasion armada extranjera, que sirviese de apoyo al bando reaccionario, vencido en aquel pais, más que por las armas, por la fuerza irresistible de la voluntad general, habia el citado Gobierno, en uso de su derecho de soberano y aplicando leyes vigentes espeditas con anterioridad, declarado traidor y puesto fuera de la ley al

general Almonte; sin que jamás pudiera ocurrirle al Gobierno de la República que este acto de administracion interior, puramente suyo, fuese considerado como un motivo de rompimiento por los mismos comisarios franceses, que el 19 de Febrero, al firmar los preliminares de la Soledad, se comprometieron solemnemente ante el mundo civilizado; á respetar la soberania del Gobierno mejicano, y á no ingerirse en ningun acto de su administracion interior. Que en su consecuencia, el supremo Gobierno de Méjico se crea en su derecho al exigir á los comisarios franceses el alejamiento del general Almonte, toda vez que habia sido declarado traidor á la patria, y á manifestar que toda proteccion que á este general se le dispensase para llevar á cabo la traicion que há mucho tiempo meditaba, seria considerada como atentatoria á la independencia y á los derechos sagrados que tienen los pueblos.

A esta nota del ministro D. Manuel Doblado, contestaron los representantes franceses, que les era de todo punto imposible acceder á tal solicitud. «Cuando el general Almonte,—decia el conde de Saligny, y nótese ante todo que este plenipotenciario habia firmado tambien en union de los de España é Inglaterra los preliminares de la Soledad,—salió de Francia, el Gobierno de S. M. el emperador de los franceses no dudaba que llegaria a haber hostilidades entre nuestras tropas y las mejicanas: entónces el señor general Almonte ofreció venir á traer palabras de conciliacion á sus compatriotas, y hacerles comprender el objeto absolutamente benéfico que se habia propuesto la intervencion europea.

«Tales indicaciones fueron acogidas por el Gobierno de S. M., y el general, no sólo obtuvo autorizacion, sino que fué invitado á venir á Méjico á llenar esa mision de paz, para la cual le hacian idóneo sus honrosos antecedentes, su estremada moderacion y la estimacion de que no ha dejado de gozar, tanto en Méjico como en las diversas córtes extranjeras donde ha representado á su pais.»

«Los infrascritos,—continuaba el conde de Saligny,—están convencidos de que si continuáran en el camino que el deseo de evitar la efusion de sangre les hizo adoptar, se

espondrían á contrariar las intenciones de su Gobierno y á llegar á ser involuntariamente los cómplices de esa compresion moral, bajo la cual gime hoy la gran mayoría del pueblo mejicano.

En consecuencia, los plenipotenciarios franceses tienen el honor de informar al señor ministro de Relaciones esteriore de la República mejicana, que dejando las tropas francesas sus hospitales bajo la salvaguardia de la nacion mejicana, se replegarán más abajo de las posiciones fortificadas del Chiquihuite, y volverán allí á tomar su libertad de accion, inmediatamente que las últimas tropas españolas hayan dejado los acantonamientos que hoy tienen, en virtud de los convenios de la Soledad. »

La contestacion del ministro mejicano á esta nota del conde de Saligny, fué tan severa como se merecía la conducta del comisario francés. «La violacion,—decia D. Manuel Doblado,—de los preliminares de la Soledad, consumada por los señores comisarios franceses á la sombra de un pretesto casi pueril, es injustificable, examinada á la luz del derecho internacional.

»Ni el Gobierno constitucional, ni la nacion mejicana, han tenido noticia oficial ni extraoficial de la mision que los señores comisarios atribuyen en su nota citada al traidor Almonte; y el primer aviso que de ello se tiene, es la aseveracion de los señores comisarios.

»Lo que se sabia hace algun tiempo por la voz pública, era que el traidor Almonte incitaba á la córte del emperador de los franceses para atraer sobre su patria una invasion extranjera. Estas voces se convirtieron en hechos plenamente justificados, despues de la llegada del traidor á Veracruz, porque entónces adquirió la autoridad datos fehacientes de que aquel se ocupaba en conspirar contra el órden legal, generalmente reconocido en la República, y en estimular con todo género de intrigas y de promesas, á las bandas de foragidos que merodean en algunos puntos montañosos.

»Por tales actos, el Gobierno supremo de la República declaró traidor y puso fuera de la ley al general Almonte, no creyendo nunca que esto sirviera de pretesto á los comisarios franceses para que rompieran lo que

ya habian firmado en los preliminares de la Soledad.

»La confesion que los señores representantes de la Francia hicieron en esos preliminares, reconociendo la legitimidad del Gobierno constitucional y su general aceptacion en la República, es abiertamente contradictoria á la especie que ahora vierten en su nota del dia 9, atribuyendo la subsistencia de esta administracion al triunfo de una minoria opresora. Esa contradiccion notoria hace dudar de la sinceridad de la primera confesion de los señores comisarios, y revela bien el origen poco digno de la segunda.

»El infrascrito tiene el sentimiento de rechazar como inexáctas las proposiciones de los señores comisarios, en que aseguran haberse cometido nuevas vejaciones contra sus nacionales, despues de los preliminares de la Soledad. Ningun hecho notable de esa clase han participado las autoridades subalternas, y si ha ocurrido alguno habrá sido de tan poca importancia, que no se ha creido conveniente anunciarlo á la autoridad suprema.

»Los señores comisarios franceses han tenido libertad y oportunidad para haber reclamado sobre cualquiera falta, y su silencio hace presumir que no presta materia á una reclamacion.

»El Gobierno mejicano ha estado, y está todavía dispuesto á agotar los medios conciliatorios para llegar á un acomodamiento pacífico, cuya base sean los preliminares de la Soledad. Ha cumplido por su parte, y cumplirá en lo sucesivo, con las obligaciones que se impuso en aquellos preliminares, porque comprende cuánto lastima una deslealtad el honor de la nacion. No romperé el primero, porque sigue fielmente el principio de respetar las nacionalidades, mientras no se recurra á otros medios que á los de las convenciones. Pero el Gobierno constitucional, depositario de la soberanía y guardian de la independencia de la República, repelerá la fuerza con la fuerza y sostendrá la guerra hasta sucumbir, porque tiene conciencia de la justicia de su causa, y porque cuenta con que en esa contienda le ayudará poderosamente el valor y el amor á la patria, característicos en el pueblo mejicano. »

IV.

Vista la resolucion enérgica y digna del Gobierno mejicano, los plenipotenciarios franceses creyeron llegado ya el momento de dar principio á las hostilidades, y publicaron en Córdoba el 16 de Abril un manifiesto, en el que aseguraban que no habian venido á tomar parte en las disensiones de los mejicanos, sino por el contrario, á hacerlas cesar inmediatamente. «Lo que queremos,—decian,—es llamar á todos los hombres de bien á que concurren á la consolidacion del órden, á la regeneracion de vuestro bello país. Para dar una muestra del espíritu sincero de conciliacion de que venimos animados, nos hemos dirigido en primer lugar al Gobierno mismo contra el cual teniamos motivos de las más sérias quejas; le hemos pedido que acepte nuestra ayuda para fundar en Méjico un estado de cosas que nos evitára en lo futuro la necesidad de estas expediciones lejanas, cuyo más grande inconveniente es el de suspender el comercio é impedir el curso de relaciones que son tan provechosas á la Europa como á vuestro país.»

De tal manera desfiguraban los plenipotenciarios franceses los motivos de sus quejas, y las intenciones que les habia llevado á las playas mejicanas; y esto compréndese bien hasta qué punto violentaria las pasiones de los habitantes de la República, que antes que todo amaban su independencia, y hasta dónde llevarian su odio los mejicanos al ver espresarse en aquellos términos al mismo conde de Saligny, que pocos dias há ponía su firma al lado de la del general Pritch y del comodoro Dunlop en los preliminares de la Soledad.

Pero aún decian más los comisarios franceses: «El Gobierno mejicano ha contestado á la moderacion de nuestra conducta, con medidas á las cuales jamás hubiéramos prestado nuestro apoyo moral, y que el mundo civilizado nos reprocharia sancionar con nuestra presencia. Entre él y nosotros, la guerra está hoy declarada. Empero no confundimos al pueblo mejicano con una minoría opresora y violenta: el pueblo mejicano ha tenido siempre derecho á nuestras más vivas simpatías; réstale á él mostrarse digno de ellas.

»Si la nacion mejicana permanece inerte; si ella no comprende que le ofrecemos una ocasion inesperada para salir del abismo; si ella no viene á dar con sus esfuerzos un sentido, y una moralidad práctica á nuestro apoyo, es evidente que no tendremos ya mas que ocuparnos que de los intereses precisos, en vista de los cuales el convenio de Londres fué concluido.

»Que todos los hombres divididos por tanto tiempo y por querellas ya sin objeto, se apresuren á reunirse á nosotros; tienen entre sus manos los destinos de Méjico: la bandera de la Francia ha sido plantada sobre el suelo mejicano, y esa bandera no retrocederá. Que todos los hombres honrados la acojan como una bandera amiga: ¡que los insensatos se atrevan á combatirla!»

Así encubrian el conde de Saligny y Mr. Jurien de la Gravière los proyectos monárquicos que á todo trance querian realizar en Méjico, procurando captarse la voluntad de los mejicanos para que no se opusieran á la intervencion.

V.

Otra proclama empezó á circular con gran profusion al dia siguiente, creyendo sin duda los comisarios franceses que su lectura favorecería en gran manera los planes que se habian propuesto; pero que muy al contrario, vino á exacerbar el ánimo de los mejicanos con sólo ver la firma que la autorizaba. Era este documento debido al general D. Juan Nepomuceno Almonte, cuyo nombre no se ponía en lábios de ningun mejicano, aparte de algun aristócrata y de la clase sacerdotal, sino para lanzar sobre él severas acusaciones por su conducta desleal y antipatriótica, y para pedir la pena de muerte que debe caer sobre todos los traidores.

«Hace algunos dias,—decía en su proclama el general Almonte,—que deseaba dirijiros la palabra para instruiros del objeto de mi venida á la República; mas las circunstancias de hallarse pendiente un armisticio y la de encontrarme bajo la proteccion de las armas francesas, no me permitian hablar, y he debido esperar la oportunidad para verificarlo. Hoy que los representantes de la Francia, haciéndose cargo de la situacion, manifies-

tan los verdaderos deseos de los Gobiernos aliados, me creo en el deber de romper el silencio que contra mi voluntad habia guardado, y que dió lugar á que los enemigos del órden abusasen de él publicandome proclamas apócrifas.

»Al volver, pues, al seno de la patria, os diré que no vengo animado de otros sentimientos, que el de contribuir á la pacificacion de la República y el de cooperar al establecimiento de un Gobierno nacional, verdaderamente de moralidad y órden, que haga cesar para siempre la anarquía, y que dé suficientes garantías para las vidas y propiedades, tanto de nacionales como de extranjeros.

»Estraño á la sangrienta lucha que por tantos años ha destrozado á nuestro país, escandalizando al mundo entero hasta el punto de llamar sériamente la atencion de las grandes potencias occidentales de Europa, mis esfuerzos se encaminaron siempre á procurar la reconciliacion de nuestros hermanos, y hacer desaparecer de entre ellos los ódios y las desavenencias.

»Por fortuna, para conseguir un objeto tan noble, no tengo que desear ninguna venganza, ni tampoco que pedir ninguna recompensa. Premiado suficientemente por la nacion, por los servicios que era mi deber prestarla antes y despues de su independencia, mi único anhelo hoy es el de poder ofrecer el último y más importante, antes de descender al sepulcro, y ese servicio es el de procurarle la paz de que ha carecido por tanto tiempo.

»Por otra parte, teniendo motivo para conocer, como conozco, los deseos de los Gobiernos aliados, y especialmente los de S. M. el emperador de los franceses, que no son otros que los de ver establecido en nuestro desgraciado país (y por nosotros mismos) un Gobierno firme, de órden y moralidad, para que desaparezcan el pillaje y vandalismo que hoy reinan en todos los ángulos de la República, y para que el mundo mercantil pueda sacar las inmensas ventajas con que le brinda nuestro feracísimo país por sus riquezas naturales y su situacion geográfica, he debido apresurarme para venir á él, para esplicaros esas sanas intenciones, que por otro lado tambien envuelven la filantropía

idea de asegurar para siempre la independencia, la nacionalidad y la integridad del territorio mejicano.

»Para el establecimiento, pues, de un nuevo órden de cosas, debeis confiar en la eficaz cooperacion de la Francia, cuyo ilustre soberano hace siempre sentir su benéfica influencia en todas partes donde hay que hacer prevalecer una causa justa y civilizadora.

»¡Mejicanos! Si mis honrosos antecedentes; si mis servicios prestados á la patria, tanto en la gloriosa lucha de nuestra independencia, como en la direccion de su política en las diversas épocas en que he formado parte de nuestro Gobierno y representado á la nacion en el extranjero; si todo esto, repito, puede hacerme merecer vuestra confianza, unid vuestros esfuerzos á los míos y tened por seguro que muy pronto lograremos el establecimiento de un Gobierno tal como conviene á nuestra índole, necesidades y creencias religiosas.»

Poco despues de dar este manifiesto á la nacion mejicana el traidor Almonte, escribia á aquellos de sus amigos más influyentes en la República y que ejercian alguna autoridad, para que ante un número más ó ménos crecido de mejicanos hiciesen levantar, con el fin de favorecer sus planes, un acta concebida en los términos siguientes:

«Reunidos los señores generales, jefes y oficiales y ciudadanos que firman, convienen en que no siendo tolerable por más tiempo la actual forma de gobierno ni las autoridades que de ella han emanado, pues por su conducta inconsiderada se ha comprometido á la nacion en una lucha desigual é insensata con las grandes potencias de Europa, se hace de urgente necesidad desconocer el actual órden de cosas, nombrar un jefe supremo de la nacion y de las fuerzas mejicanas que en la actualidad se hallan con las armas en la mano, para que dicho jefe, siendo obedecido de ellas, pueda entenderse, á nombre de la nacion, con los de las tropas aliadas; y asimismo promover el establecimiento de un Gobierno que dé garantías suficientes á las vidas é intereses de los mejicanos, no ménos que á los de los extranjeros de todas las naciones que se hallan en el territorio de la República: y por

tanto, sujetan á la aprobacion de la junta los artículos siguientes:

1.º »Se desconoce la autoridad del actual presidente de la República.

2.º »Se reconoce al Excmo. señor general D. Juan Nepomuceno Almonte, como jefe supremo de ella y de las fuerzas que se adhieran á este plan.

3.º »Dicho Excmo. señor general queda facultado ámpliamente para entrar en un avenimiento con los jefes de las fuerzas aliadas, que actuamente se hallan en el territorio de la República, y para convocar una Asamblea nacional, que tomando en consideracion la deplorable situacion en que se encuentra el país, declare la forma de Gobierno que sea más conveniente establecer en él, para cortar de raiz la anarquía y proporcionar á los mejicanos la paz y el orden que hace tiempo desean, á fin de reparar las pérdidas enormes que han sufrido durante la guerra civil que por tantos años ha destrozado á la República entera.

4.º »Se pondrá en conocimiento del excelentísimo señor D. Juan Nepomuceno Almonte esta acta, y se le manifestará al mismo tiempo la entera fé que abriga esta guarnicion de que S. E. no negará en tan solemne ocasion sus servicios á la patria, que hoy más que nunca los há menester con urgencia.

»Y habiendo sido aceptados por todos los señores presentes los artículos que preceden, despues de haberse tomado debidamente en consideracion, firmaron la presente acta en el dia referido y en el orden que á continuacion se expresa.»

VI.

Las notas diplomáticas y los manifiestos á la nacion mejicana de que anteriormente hemos dado cuenta, deslindaron definitivamente el campo de los representantes de las naciones interventoras y de los dos partidos, reaccionario y liberal, de los Estados de Méjico. Los plenipotenciarios español é inglés no podian ya permanecer al lado del plenipotenciario francés: las contemplaciones del Gobierno de Juarez para con este último representante tenian ya un término, del cual era imposible pasar sin menoscabo

de la honra y dignidad de un Gobierno: la lucha era ya inminente: los que no creyeran de su deber é hidalguía tomar en ella parte, debian alejarse del lugar de los acontecimientos. En este caso, para gloria de España y de la Gran Bretaña, se creyeron sus respectivos representantes.

Pero el general Prim no podia retirarse del territorio de Méjico sin hacer sentir antes á sus antiguos aliados del imperio, la gran sorpresa y pesar profundo que le causara la conducta indigna de los ministros de Napoleon III, y dirijió al jefe de la expedicion francesa, que á la sazón se encontraba en Tehuacan, una nota, quejándose amargamente de la actitud inesperada que acababa de tomar, y principalmente, por la proteccion decidida que dispensaba el ejército francés al general Almonte y demás emigrados, todo lo cual venia á ser una gran falta de lealtad al Gobierno de Juarez, con quien estaban en negociaciones las tres potencias, y de cuyos compromisos habia salido garante el marqués de los Castillejos. Censuraba despues el representante español el desprecio con que el ministro francés habia mirado los preliminares de la Soledad, en los cuales habia empeñada no sólo la palabra de las potencias de España y de Inglaterra, sino la de la misma Francia, y concluía el general Prim con anunciar al almirante La Gravière el reembarque inmediato de las tropas españolas.

El ministro del emperador francés, que en un principio habia dado tantas pruebas de su carácter conciliador, y de guardar con los españoles toda clase de atenciones y deferencias; en esta ocasion, irritado tal vez por los cargos que su Gobierno le habia dirijido á consecuencia de haber firmado los preliminares de la Soledad, contestó á la carta del general español, que si hasta entónces habia tenido demasiadas deferencias con el general Prim, dejándole la direccion en todas las negociaciones, en todos los acuerdos de los plenipotenciarios, por respeto más que á su alta graduacion, á su carácter y escelentes cualidades, estaba resuelto en lo sucesivo á no llevar más allá sus complacencias. «La política,—añadia,—que habia seguido el conde de Reus, habia frustrado en gran parte el objeto que la Europa

se habia propuesto en Méjico, siendo un obstáculo para que la expedicion, llegando á la capital, hubiese cambiado la faz del país; y que por esto estaba resuelto á que la expedicion, que hasta entónces habia sido puramente española, fuese en adelante europea, y á obrar él independiente de la acción del general Prim.»

Otras contestaciones, de un tono por cierto más subido de lo que la prudencia y el comedimiento aconsejan, mediaron entre los representantes de una y otra potencia; dando por resultado una última conferencia en Orizaba entre los plenipotenciarios, en la que la actitud resuelta de los unos y de los otros hizo ver la absoluta imposibilidad de toda avenencia. El general Prim, aunque guardando las formas corteses y la serenidad de espíritu que en todos sus actos le han distinguido, insistió, apoyado por los ministros de la Gran Bretaña, en que debian abrirse, como se habia prometido, en Orizaba, las negociaciones con los ministros de Juarez, y facilitar la marcha de la expedicion á Méjico sin derramamiento de sangre, para lo cual se esperaba que Juarez accediera, con la única condicion de que fueran reembarcados Almonte y demás reaccionarios á quienes protejia el ejército francés.

A estas proposiciones del conde de Reus, los plenipotenciarios franceses contestaron que cumplirian por su parte los compromisos de honra aceptados en el convenio de la Soledad, retirando sus tropas á Paso-Ancho; pero que de ningun modo negociarian ni un solo dia más con el Gobierno de Juarez, porque tales eran las órdenes del emperador.

Un último esfuerzo quisieron hacer el conde de Reus y sir Carlos Wike para atraer á una solucion pacífica á los plenipotenciarios de Napoleon III, dirijiendo á éstos un despacho que creemos oportuno, y sobre todo conveniente para el esclarecimiento de la verdad de los hechos, copiar á continuacion:

«Los infrascritos representantes de S. M. la reina del Reino-Unido de la Gran Bretaña y de S. M. Católica, tienen la honra de trasmitir á los Excmos. señores plenipotenciarios de S. M. el emperador de los franceses, copia de una nota que acaban de recibir del general Doblado, en respuesta á la comunicacion colectiva que le dirijieron

el 9 de este mes. Los infrascritos no han dudado en aceptar la oferta que les ha hecho el general Doblado en nombre de su Gobierno de venir á Orizaba, á pesar del rompimiento del convenio de Lóndres y de los preliminares de la Soledad, con la esperanza de llegar á una solucion amistosa de las cuestiones que han de arreglarse entre las potencias aliadas y Méjico, visto que el Gobierno está dispuesto á no rechazar ninguna de las pretensiones admisibles de las dichas potencias. Como la nota, é implicitamente la oferta del general Doblado, se dirijen tambien á los plenipotenciarios franceses, á los mismos corresponde decidir la respuesta que les convendrá dar.»

Los plenipotenciarios franceses contestaron á esta invitacion de la siguiente manera:

«Los infrascritos no pueden aceptar el ofrecimiento hecho á los comisarios de las tres altas potencias por el general Doblado. Es muy natural que los representantes de S. M. la reina del Reino-Unido de la Gran Bretaña y S. M. Católica, acojan dichos ofrecimientos, si insisten aún en el convencimiento de que el Gobierno actual de Méjico tiene el poder y voluntad de cumplir sus promesas y llenar sus compromisos; pero los plenipotenciarios de S. M. el emperador de los franceses, están muy léjos de abrigar igual confianza, pues sobre este punto especial no pueden desconocer las miras terminantes de su Gobierno.»

VII.

¿Qué debian hacer en tal caso los representantes de Inglaterra y España? ¿Podian, sin hacer traicion á sus nobles sentimientos y á la justicia de la causa que venian representando en Méjico, adherirse al pensamiento de Napoleon Bonaparte? Ciertamente que esto hubiera sido indigno de la hidalguía de las naciones que representaban, y hubiera sido además una ingratitud sin ejemplo á la conducta generosa y franca del Gobierno de la República. El general Prim, como el ministro de la nacion británica, no debian nunca desmentir con sus actos ulteriores el noble comportamiento de que hasta entónces habian dado repetidas pruebas en el territorio mejicano, y no podian por lo tanto ser instru-

mentos ciegos de los ambiciosos planes del emperador francés. Es verdad que para esto necesitaban romper el solemne tratado de Londres, cuyo acto no sabían de qué manera sería apreciado por sus Gobiernos respectivos: es igualmente cierto que esta medida pudiera traer en lo sucesivo complicaciones de gran trascendencia con la nación de que se separaban; y es asimismo evidente que los grandes y queridos intereses que tenía España en aquellas comarcas, quedaban á merced de un ejército invasor y de un pueblo generalmente desmoralizado y corrompido; pero todo esto no significaba nada ante los deberes que les dictaban su conciencia y patriotismo, y decidieron con aplauso de la Europa y del mundo entero, retirar sus tropas del país mejicano, y dejar toda la responsabilidad de cuanto en él sucediera á la nación francesa.

El 18 de Abril regresaron en efecto á Veracruz, procedentes de Orizaba, dos compañías de artillería de á pié escoltando el parque de artillería, y una compañía de ingenieros, que fueron embarcadas inmediatamente para el puerto de la Habana. Al día siguiente regresó asimismo el primer batallón de Cuba, escoltando un convoy de 200 enfermos, y el día 20 llegó igualmente la primera brigada, y los tres batallones que la constituían fueron embarcados en tres buques de guerra ingleses, que fueron ofrecidos generosamente al conde de Reus por los representantes de aquella nación.

En los días siguientes fueron llegando á la citada plaza de Veracruz las demás fuerzas del ejército español, que con su general en jefe fueron igualmente embarcadas para el puerto de la Habana, habiendo ya antes salido para las islas Bermudas las tropas de la nación británica.